

CIENTO Y UNA MANERAS DE COCINAR UNA PALOMA

*Señor D. Roque Rivas Mourullo y esposa.
Trasdoval, s/n, San Fiz*

Sant-Iago, 6 de octubre de 1915

Queridísimos papá y mamá:

Es en verdad una buena fortuna tener aquí a Carlitos Pons, el hijo mayor del señor Amadeo, y una felicísima idea la que tuvieron ustedes a la hora de darme recado de contactar con él para hacer más fácil mi aclimatación a esta ciudad. Estoy por decir que mi paisano conoce Sant-Iago como la palma de su mano, y esto es a todas luces un mérito para quien todavía no suma cuatro años en esta populosa y muy amena urbe. De su brazo, cual Dante Alighieri siguiendo los dictados de Publio Virgilio Marón —y perdonen la mefítica referencia—, se me muestran con meridiana precisión todos los rincones de esta laberíntica Sede del Saber, sujeta a unas reglas no tan evidentes como uno podría llegar a pensar. La fonda es limpia y tranquila y, pese a tener en el bajo una concurrida casa de comidas, donde no deja de asarse carne y de escanciarse vino y sidra, nada altera la paz de los cuartos donde muchas veces nos vemos reclusos hasta altas horas de la madrugada, descifrando a la luz de las lámparas nuestros libros y manuales de leyes y jurisprudencia. ¡Derecho romano, nada más y nada menos! *Res nullius, mancipatio, traditio brevi*

manu... ¡Menos mal que aprendí mis latines con el bueno del padre Florencio!

La facultad es un edificio muy bonito, y mis compañeros de estudios, llegados de los cuatro puntos del país, conforman un muy alentador mosaico de paciencia, bondad y erudición, aunque a todo esto les ganan sobradamente los profesores, todos hombres cultos, honorables y generosos. Aprovecho el poco tiempo libre que me dejan los libros para pasear y gozar de la magnificencia de estas piedras centenarias, con la convicción de que no habrán de ver en mis ocasionales caminatas por la Alameda o por la rúa do Vilar abandono alguno de mis obligaciones, sino más bien ese necesario e inocente solaz donde tomar aliento, tonificar los músculos y oxigenar la cabeza. A veces se viene conmigo Carlitos Pons y entonces el paseo se hace corto de más por la amenidad de la charla. ¡Cuántas veces hemos creído dar con la solución para todos los problemas de este mundo! De vez en cuando nos dejamos acompañar por otros estudiantes, y entonces el cuadro que se compone entre los árboles, los setos y las estatuas no tiene nada que envidiar al Liceo del insigne estagirita.

Como ven, todo sigue su curso. Y si no fuese por lo mucho que los echo en falta, hasta me atrevería a decir que estoy viviendo mis más felices y provechosos días. Transmítanle mis recuerdos a mis queridas hermanas Rosiña y Marimar y, si entienden la necesidad de darles una buena alegría, díganles que sus fotografías pasan de mano en mano entre mis compañeros de estudios y que, o mucho me equivoco, o más de un futuro juez, o notario, o incluso algún fiscal de la Audiencia, ya anda cavilando en acercarse hasta ahí y hablar de esas cosas de las que es menester hablar con los padres de muchachas tan hermosas y gentiles. Saluden de mi parte al padre Florencio.

Con todo el amor, su hijo,

Xosé Miguel

Xosé Miguel Rivas Cartelle
Fonda La Módica
Rúa da Conga, Santiago de Compostela

Trasdoval, San Fiz, 19 de octubre de 1915

Mi querido hijo:

Permíteme que sea yo, tu amantísima madre, la que dé contestación a esas líneas tuyas que tanto nos han alegrado, porque bien sabes tú que tu padre, para este tipo de cosas... No obstante, creo no exagerar si digo que siento su aliento mientras esto escribo y quiero que sepas que, de tan orgulloso, no deja de hablar de ti ni en la aldea ni en el pueblo, donde, como conoces, tiene previsto abrir un nuevo bufete si es que las cosas se conducen como esperamos y logramos vender a buen precio el piso de Coruña. Con otras palabras: que tan contento está de que te decidieses a seguir sus pasos, que estoy por decir que tanto el notario, como el juez de primera instancia e instrucción ya no pegan ojo por miedo a verte aparecer por aquí con la toga puesta. Hablas de Carlitos Pons; ¡ves cómo atinamos a encontrarte un buen modelo! El señor Amadeo nunca dudó en pintarnos a su hijo como todo un ejemplo de educación y perseverancia (y digo esto último por lo de la polio, que supongo que ya imaginarás causa de esa, su pobre piernecita chafada) y por lo que nos cuentas, sus palabras no eran tan solo acreedoras de la devoción paterno filial. Da gusto ver cómo las cosas todavía son mejores de como una las aguardaba. Dale recuerdos. Muchos. (También de tu padre.)

Por lo demás, veo que mencionas en tu carta al padre Florencio, tu preceptor de los primeros años del bachillerato. ¿Sabes qué? ¿A que no lo adivinas? Pues que en un gesto que yo creo

que nos honra —y lo digo con toda la modestia del mundo— decidimos acogerlo junto a nosotros, y digo aquí, en la casa de Trasdoval, pues el pobre hombre, de tan mayor y tan dejado de la suerte, ya no tenía, perdonando, «donde caerse muerto» (son palabras de papá). ¡Qué te parece! ¡Los Rivas con un cura en casa, como los hidalgos de otros tiempos! No sé qué opinará tu padre, pero a lo mejor era un buen momento para adecentar la pequeña capilla y permitirle que diga misa. ¡Ya lo estoy viendo, Migueliño! ¡Tus tías —y perdona, sé que las quieres más de lo que das a entender— muertas las cuatro de envidia!

En fin, ya no te entretengo más, que supongo que tendrás mucho que estudiar. Contamos los días que quedan hasta Navidad. Muchos, muchos, muchos besos de tu

MAMÁ

P.S.: Haces bien en descansar de vez en cuando (y más que deberías). Ya sabes que nada en esta vida es bueno en exceso. ¿Recuerdas al caballero aquel al que se le secó el seso con tanto libro?

*A la atención de don Florencio
Trasdoval s/n San Fiz*

Sant-Iago de Campus Stellae, 11 de enero de 1916

Bienquerido padre Florencio:

Lo primero —y cómo no—, darle mis más SINCERAS GRACIAS por ese giro postal que acabo de recibir esta misma mañana. Pese a su muy *loable* destino —ese fue el calificativo que

empleó cuando le expliqué cuál era la razón de que le pidiese dinero— confío en que el asunto, como tantas otras veces, quede en verdad entre nosotros y no llegue a oídos de mis padres. Como ya le dije el pasado día de Navidad, buscando ese aparte que tanto me costó encontrar, aún hoy en día no sé qué les podría parecer que los cuartos que me entregan —tengo la impresión de que con más esfuerzo del que dan a entender— terminen, ya no en pagar fonda y libros y tal vez algún pequeño capricho en forma de cigarro habano, sino en engrosar una colecta dirigida a proporcionar alimento y medicinas a los huérfanos de guerra del reino de Montenegro, como ya usted sabe, beligerante del lado de los Aliados en el terrible conflicto armado que asola a nuestra vieja y querida Europa. Y si digo esto no es tanto por dudar de sus buenos sentimientos cristianos, como por no tener demasiado claro cuáles pueden ser las simpatías de mi padre a este respecto. Como ya le comenté (creo que en la tarde de Año Nuevo, cuando logramos dar con ese oportuno que el muy *cuco* reserva para muy contadas ocasiones) por aquí todo el mundo sabe a qué carta quedarse. Mientras los profesores y los funcionarios suelen tirar por los alemanes y por Austria-Hungría, la mayor parte de los estudiantes con una mínima formación intelectual, por no decir su inmensa mayoría, tienen bien claro que solo ganando la partida el bando aliado se habrán de universalizar esos ideales de igualdad y fraternidad a los que tampoco la Iglesia, como ha reconocido usted, puede seguir siendo indiferente. Claro que... ¿qué opinión al respecto puede tener don Roque Rivas Mourullo, abogado, secretario del Liceo de Artesanos del pueblo y socio de honor, cuando no preclaro fundador, de un buen número de sociedades y cenáculos, no todos de orientación decididamente conservadora? ¿Aplaudiría mi decisión de ayudar a la noble causa de la libertad? ¿Preferiría no obstante una adscripción al bando del orden y la disciplina, aunque solo fuese, como otros muchos hombres pragmáticos, por haber suscrito sus buenos bonos de guerra alemanes?

Comprenderá que vuelva a rogar su silencio, querido amigo. Lo que no quita, desde luego, que sepa agradecerle un gesto como el que acaba de tener conmigo, y que aguardo que no se vea comprometido por la nueva petición que debo de hacerle. Verá... ¿Tendría la santísima amabilidad de hacer un nuevo giro por cinco duros? Por lo visto —y detrás del asunto, como siempre, está el muy cabal Carlitos Pons— ya no se trata tan solo de ayudar y compadecerse de las víctimas de uno de los bandos, pues poca culpa —por no decir ninguna— pueden tener los niños búlgaros, o turcos, póngase por caso, de las decisiones que tome el sultán Mehmed V o el rey Fernando Maximiliano Carlos Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha. ¿No piensa usted lo mismo?

Aguardando cumpla de buen grado mi petición, reciba, entretanto, un hondo abrazo.

Xosé Miguel

*A la atención de don Florencio
Trasdoval, s/n, San Fiz*

Sant-Iago, 12 de febrero de 1918

Bienquerido padre Florencio:

Con seguridad le habrá de sorprender que en lugar de enviarle mis saludos por medio de las líneas que de Pascuas a Ramos les escribo a mis padres, tenga esta vez el atrevimiento de volver a dirigirme a usted sin otra mediación que la de la estafeta de correos. La explicación a este proceder, estimado padre, obedece, tan solo, a la necesidad de que alguien conozca de primera mano la realidad de mis días en la universidad, como ya puede sospechar, en verdad bien diferentes a los que suelo presentar en mis misivas a unos progenitores a los que no quisiera bajo nin-

guno de los conceptos disgustar ni causar ningún tipo de inquietud: mi temor a decepcionarlos es mucho más fuerte que mi aversión a la falsedad o a la mentira. Con esto no quiero decir, entiéndalo bien, que me sea indiferente decepcionarlo a usted, que no, solo que pocas personas, aunque solo sea por la de veces que me dio confesión, conocen como usía mis muchas flaquezas y debilidades. Tampoco creo que se vaya a extrañar demasiado de lo que aquí le pueda decir. Con contar el número de años que llevo fuera de casa ya usted se imaginará que mis estudios, por llamarlos de algún modo, no van ni mucho menos tan bien como yo quisiera. Confío —y confío bien— en que no me descubra: las dos «leoninas y draconianas asignaturas que se me resisten» son en realidad ocho, repartidas en muchos y variados cursos, de ahí que pueda usted entender mis muchas evasivas todas las veces que me interrogó al respecto, la última la Navidad pasada. Ocho, padre Florencio, y lo peor de todo es que aún en el más optimista de mis cálculos solo me siento capacitado para aprobar dos de ellas, y eso con mucha suerte. ¡El Código Civil! Juzgue usted mismo (y que conste que transcribo): «*Nadie podrá construir cerca de una pared ajena o medianera pozos, cloacas, acueductos, hornos, fraguas, chimeneas, establos, depósitos de materias corrosivas, artefactos que se muevan por el vapor, o fábricas que por sí mismas o por sus productos sean peligrosas o nocivas, sin guardar las distancias prescritas por los reglamentos y usos del lugar, y sin ejecutar las obras de resguardo necesarias, con sujeción, en el modo, a las condiciones que los mismos reglamentos prescriban. A falta de reglamento se tomarán las precauciones que se juzguen necesarias, previo dictamen pericial, a fin de evitar todo daño a las heredades o edificios vecinos*». De sentido común, ¿no cree? El problema es que, examinándose, uno no puede más que ceñirse al texto legal y es aquí donde todo se embrolla de una manera terrible. Los puntos, las comas, las cifras, todas las palabras parecen desprenderse del papel y se ponen a danzar ante mis ojos provocando auténtico vértigo. ¡Que son casi dos mil, padre Flo-

rencia! Y todos así de pomposos y facundos. ¿No se lo cree? Pues venga otro (y sigo transcribiendo): «*El propietario de un enjambre de abejas tendrá derecho a perseguirlo sobre el fundo ajeno, indemnizando al poseedor de este el daño causado. Si estuviere cercado, necesitará el consentimiento del dueño para penetrar en él. Cuando el propietario no haya perseguido, o cese de perseguir el enjambre dos días consecutivos, podrá el poseedor de la finca ocuparlo o retenerlo. El propietario de animales amansados podrá también reclamarlos dentro de veinte días, a contar desde su ocupación por otro. Pasado este término, pertenecerán al que los haya cogido y conservado*».

Tal vez sea vicio de este sistema pedagógico, como tantas veces le he oído criticar, pero si el asunto consiste en verdad en soltar de carrerilla todas las cosas que se le ocurrieron a la Sección Civil de la Comisión General de Codificación, con anuencia del señor José Canalejas y Méndez, ministro de Gracia y Justicia (tengo delante la vieja *Gaceta de Madrid* donde se perpetró el crimen), estoy por decir, padre Florencio, que en la vida habré de dar buena cuenta de tanto rollo. Mal que me pese, no soy un loro. La memoria tiene unos límites y en esto, como en tantas otras cosas, hay gente con capacidades naturales mucho más solventes que las mías, pongo por caso mi camarada Carlitos Pons, ~~aunque este no sea un~~ buen ejemplo por su ~~nulo~~ interés en la vida académica. Y si esto es así para sacarme la carrera, querido preceptor, qué será cuando comience de verdad lo importante. ¿Cree acaso usted que tendré la más mínima perspectiva de éxito de abordar el camino de unas notarías? ¿Habrán quien se prepare para juez, secretario o fiscal de la Audiencia con una memoria tan frágil como la mía? La respuesta, de tan contundente, duele, padre Florencio; hace daño. Usted, que de vocación sabe o debería de saber un mundo, no tendrá obstáculo alguno a la hora de no ver ni rastro de ella en quien estas líneas le dirige. El problema, pues, no es tanto un problema de hoy como un problema que expande sus retorcidas raíces en el futuro. ¿Comprende

ahora la razón de ocultar la realidad a mis padres? En otras circunstancias nada grave sucedería por otro Rivas viviendo de rentas, mas ahora que la casa camina inexorablemente hacia la ruina... Por cierto, ¿sabría por casualidad decirme si va en serio eso de trabajar comercialmente el vino? Mi padre se cuida mucho de hablar del tema estando yo delante, pero no encuentro otra explicación para todos esos dispendios, inconcebibles en una situación tan gravosa como la de nuestra familia: los nuevos lagares, las cubas, los servicios de ese misterioso y antipático agrimensor que no da un paso sin arrugar la nariz... Si esto es así, no puedo más que desear que Dios se apiade de nuestra familia. Porque entre tan peregrina idea y el futuro que se vislumbra para este, su servidor, no hay que ser ni mucho menos una sibila para dibujar un cuadro ciertamente pavoroso.

Por lo demás, creo que debo ser justo y destruir —metafóricamente hablando, claro está— esa amabilísima idea que sobre mis días me empeñé en proyectar durante los últimos años. Si mis resultados académicos no son los deseados, tal vez podamos otorgar su papel en el drama, de la mano de mi incapacidad natural para el estudio, a los muchos entretenimientos que puede ofrecer esta ciudad a quien busque ocasión de plantar los libros y echarse a la calle. Sí, padre Florencio, sí; desoyendo todos los consejos que me dieron, me entregué a la molicie y a las diversiones sin resistencia alguna. Y desde el primer día. Sí, lee usted bien, desde el primero. Por mucho que resonasen en mis oídos las palabras que solía decirme cuando repasábamos latín a la caída de la tarde —«Lo que cuenta no es cómo comienzan las cosas, sino cómo estas terminan.»— bastó con poner un pie en el viejo, húmedo y verduoso empedrado compostelano para saber que de ahí en adelante nada bueno iba a hacer de mí. Porque, ¿sabe usted quién fue en mi búsqueda ~~por indicaciones de Carlitos~~? Pues la mismísima tuna, padre Florencio; ¿lo puede creer? Aún no había posado el equipaje en el suelo y ya estaba ahí, mareado como una peonza entre un hervidero de gorros, capas, cin-

tas, panderetas, mandolinas y guitarras. No puedo decir que no me llevasen a la fonda (cargando hasta con las maletas que se disputaban los mancebos), mas tampoco que fuesen veloces en hacerlo. Antes —y capitaneados por un ~~Carlitos completamente~~ desconocido— me pasearon con ganas por una docena de tascas, tabernas y locales de mala muerte, y si digo una docena, padre Florencio, es porque esas fueron mis cuentas cuando oí cantar al gallo a mi espalda.

Los días que siguieron no se puede decir que fuesen mejores. Porque Compostela, reverenciado amigo, no es —al contrario de lo que pensaba mi padre cuando desechó mandarme a Madrid— ese triste conglomerado de conventos y órdenes religiosas que todos tenemos en la cabeza, pues, aunque al principio parezca otra cosa, junto a los oscuros edificios donde realizan sus píos cometidos las monjas dominicas, las benedictinas, las clarisas, las hijas de María y (con tan extraña como infatigable devoción) las hermanas carmelitas y las mercedarias descalzas, pueden contarse, amén de los cafés y las innumerables casas de comidas, más de medio centenar de tabernas y dos o tres docenas de populosos y animados bodegones. ¿Querrá usted creer que juré no pisar la facultad hasta no tener cabal conocimiento de estos números? La culpa fue como de costumbre ~~de Carlitos, el individuo más juerguista~~ de esta ciudad. ¿Quién lo podría decir, allá en Trasdoval, no le parece? Lo cierto es que, no obstante el paso del tiempo, y a pesar de todos y cada uno de mis buenos propósitos, la cosa ni cambió ni tiene trazas de cambiar. (¿Llegará algún día quien me salve?)

¡En fin! No quisiera trasladarle ni un poquito más de esta amargura, de ahí que me disponga a dar remate a estas líneas, no sin antes interesarme por su salud. ¿Qué tal está, padre Florencio? ¿Dan resultado las indicaciones del médico? Aguardando me informe a la vuelta del correo (hasta el verano no creo que pueda acercarme por casa), reciba, mientras tanto, un afectuoso saludo de su amigo,

Xosé Miguel

Xosé Miguel Rivas
Fonda La Módica
A Conga, Santiago de Compostela

Quinta de Trasdoval (San Fiz), 2-4-18

Querido Xosé Miguel:

Antes de nada, permíteme que comience estas líneas dando respuesta a las inquietudes con las que finalizaba tu *desconcertante* carta datada a 12 de febrero. ¿Preguntabas por mi salud? ¡Cuánto mejor sería que te interesases por otra cosa! Como sabrás, todo tiene que ver con este, mi viejo estómago, tan imprevisible como un molinillo de papel. ¡Y no habré comido yo de todo desde que decidí entregar mi vida a los demás! ¿Te he contado alguna vez cuál es el plato más socorrido en las Filipinas cuando no hay nada mejor que echarse a la boca? ¿No? Pues mejor que no lo sepas, Xosé Miguel; dejarías de comer durante semanas. Y a lo que íbamos: lo que de primeras entendí como una consecuencia más o menos previsible de los excesos de la Navidad (donde, como viene siendo habitual, y aunque solo sea como homenaje al nacimiento de nuestro señor Jesucristo, quedaron postergadas mis dietas de corte monástico o espartano para comer lo que me es dado comer, en circunstancias normales, en diez o quince días) resultó ser en verdad algo mucho más grave y preocupante. La pesadez y el dolor me acompañaron sin descanso día y noche, y cuando al cabo de los días me vi en la ineludible obligación de soltar la barriga, sentí como si todos los demonios del infierno se pusiesen de acuerdo para torturarme con sus afilados tridentes. El pudor —ya me dirás tú qué tonte-

ría— hizo que me callase mi dolencia, pero hete aquí, como decía el otro, que la verdad termina por salir a la luz por sus propios medios: mis camisones fueron como de costumbre a la colada y no pasó una hora sin que mis cuitas estuviesen en boca de todo el mundo. El médico llegó con una celeridad digna de asombro, acaso el mismo que me asaltó cuando me ordenó retirar la sotana y adoptar la ridícula posición que me vi obligado a adoptar. Te ahorro detalles sobre la exploración y la posterior intervención que se dispuso a realizar, mientras se interesaba, y ya no sé si con cierta malicia, por la causa de mis aflicciones. «¿Ha comido queso?», preguntó. «He comido, sí», contesté. «¿Ha probado el jamón?» «Lo he probado.» Hasta que llegué a los postres, luego de un itinerario que dejó atrás empanada de carne, bacalao con coliflor y asado de ternera con pimientos y patatas, no se dio por satisfecho el muy rufián.

Desde entonces, querido hijo, no pasa un día sin que dedique mis horas a pensar en unos procesos que, desde el mismo momento en que nacemos, se desenvuelven por su cuenta y riesgo sin necesidad alguna de contar con nuestra atención. Si a eso sumamos el tiempo que pierdo con mis abluciones con agua templada o el que paso aplicando esas unturas que me proporciona el farmacéutico del pueblo... ¡Pero basta ya de tanta queja, que aún me habrás de tomar por un viejo llorón! Hablemos de ti, que eso es lo verdaderamente importante.

Lo que me dices en relación a los estudios —y creo que podemos entrar en materia— no me coge en absoluto por sorpresa. ¿Crees que no fui capaz de percibir la sombra de la mentira en las palabras que conseguí arrancarte de la boca la pasada Navidad? ¡Dos mil artículos el Código Civil! ¡Y todavía tendrás queja! Siendo yo mucho más joven de lo que tú eres, me vi en la obligación de memorizar el *Corpus Iuris Canonici*, media docena de completísimas colecciones que arrancan del siglo XII. ¿Crees que me das pena? La clave está, querido Xosé Miguel, en tener alientes y, si no se tienen, buscarlos, caramba, buscarlos, que para

eso nos dio Dios entendimiento suficiente, diferenciándonos de las bestias del bosque. Pongamos por caso, dar una satisfacción a tus padres, que bien la merecen, los pobres. Y hablando de ellos disculpa, pese a la opinión que guardo sobre el vino que dan las parras de la quinta, que no me pronuncie sobre la idea de comercializarlo ni de los proyectos que tenga o deje de tener don Roque. A tus padres, con todos los defectos que les quieras adjudicar, a mí solo me cabe estarles agradecido de por vida, pues muchos otros, en su lugar, en vez de hacerse cargo de un viejo como yo, solucionarían el asunto donando unos duros a la parroquia para acto seguido mirar hacia otro lado. En la guerra que por lo visto quieres emprender, Migueliño, no me puedes contar como aliado. Y si lo que pretendías era consejo, estudia. Estudia y déjate ya de memeces. Todo lo demás, incluida la vocación, habrá de llegar con el tiempo. Como dijo un día Napoleón: «la victoria es del que más persevera».

En lo concerniente al otro asunto, y ya sabes a qué me refiero, creo que mis consejos no pueden ir en dirección distinta. Si uno se empeña, esto es, *si de verdad* uno se empeña, siempre se puede comenzar de nuevo. Aunque no lo creas, hasta el más desafortado camino de perdición —y no digo que el tuyo merezca todavía este calificativo— puede desandarse si nos lo proponemos. En esto, como en los estudios, solo hay una receta: fuerza de voluntad. Saber decir «no» es, por mucho que te extrañe, una de las cosas más importantes que uno puede aprender en la vida.

Y ya no sigo. El viento sopla ahí fuera, entre los árboles del jardín, y me gustaría quedarme dormido antes de que empiece a llover pues, como sabes, soy de las pocas personas a las que no les gusta escuchar la lluvia desde la cama. (¿Acaso no ves que agua y fuego comparten música?)

Sin otro particular, recibe la bendición de tu amigo y en tiempos esforzado preceptor,

Florencio

P.S.: Me extraña que una persona tan pulcra —al menos esa es la idea que guardo de nuestras clases— deje ver aunque solo sea dos o tres tachones en sus escritos. ¿Y será cierto que te has echado a perder?

*A la atención de don Florencio
Trasdoval, s/n, San Fiz*

Sant-Iago, 26 de mayo de 1918

Bienquerido padre Florencio:

La enorme perplejidad —por no decir decepción— que me provocaron sus líneas, propició que no me esforzase en contestarlas hasta el día de hoy, cuando, y ya sabrá el porqué más adelante, acabo de quemar el último cartucho de mi salvación. ¡Alicientes! ¡Perseverancia! ¡Fuerza de voluntad! (~~Las reprimendas sobre mi falta de pulcritud en la escritura no soy capaz de comprenderlas.~~) ¿Eso es todo lo que me puede decir? Me habrá de perdonar, pero no era eso lo que buscaba cuando decidí hacerlo partícipe de la verdad de mis días aquí en Compostela. Tal vez no he sido suficientemente claro con la descripción de mis padecimientos (bien, de los académicos, acaso sí, por lo que no habré de volver sobre ellos). ¡Me mata el hambre, querido amigo! ¡El hambre! ¡Y todavía se permite usted relacionar en su carta el menú que le indispuso el vientre!

Verá, padre Florencio: de tanto andar de parranda, gastando en licores lo que no se gasta en los lupanares del *Inferniño*, muchos estudiantes acechan a las palomas de la Alameda a la espera de dar con una víctima «propiciatoria». Conviene andarse con ojo. Comoquiera que el empleo de armas de fuego bien puede suponer

un salvoconducto para la *falcona* (esto es, para el calabozo), la necesidad puso a trabajar las cabezas, de manera que, si me diese por contarle aquí las trampas, artilugios y otros ingenios con los que se les da caza a las palomas y pichones de la ciudad, no terminaría en todo el día. Arcos, ballestas, cepos, guillotinas... ¡Estoy seguro de que las pobres no dudarían un solo segundo en cambiarse por las que sobrevolaban el frente de Verdún con sus mensajes cifrados!

Al que mejor se le da la cosa —y pese a su delgadez cadavérica hay quien dice que solo caza por matar el tiempo, ya que no pasa ninguna necesidad— es un joven de allá por la ría de Arousa, puede que de Pobra o de Rianxo, al que ya no sé si le llaman Manuel o Antonio o vaya usted a saber (¡¡¡ve lo que le digo de mi memoria!!!) si las dos cosas juntas o por separado. Es un muchacho bastante más joven que nosotros (de hecho, apareció por la ciudad para estudiar el bachillerato) al que se le adjudican arrebatos tan grandes como el de viajar hasta Francia con la intención de luchar en la Legión Extranjera contra los alemanes o, aunque puede que solo se trate de una deturpada derivación del arrebato primero, llegar a Rusia para apoyar a los bolcheviques en su causa. También hay quien dice que todo es una trola, que solo son ganas de llamar la atención y así entrarle por el ojo a alguna señorita enamoradiza. Yo, viéndolo arriesgar la crisma por una maldita paloma, solo puedo decir que no tengo motivos para dudar de sus hazañas.

Mas el problema, padre, no está tan solo en cazar los condenados bichos esos. Por lo visto, la manera de cocinarlos también tiene su ciencia. Comenzando por saber desplumarlos para ver si no andan con la tiña o con cualquiera de esas asquerosas enfermedades que dizque son capaces de padecer y, he aquí lo relevante, transmitir a los seres humanos. Porque las palomas —y supongo que también los pichones— son uno de los animales más sucios del mundo. ¿Sabe usted que hay quien las llama las «ratas del aire»? Por eso, quien al margen de saber darles caza,

sepa meterlas en el puchero de manera que purguen todas sus infecciones y enfermedades...

A la catalana (con tomate, almendras, ciruelas y uvas pasas), a la naranja, al chilindrón, a la provenzal (con sus aceitunas, su laurel y sus cebollitas)... Asada, guisada, cocida, en pepitoria... Con arroz, con guisantes, con tomate... Aunque al final no se me ocurrió hacer tal cosa, hasta pensé prepararla con una salsa de leche condensada. ¡Leche condensada, padre Florencio! ¿Recuerda usted lo mucho que me gustaba cuando era niño? ¡No habré abierto latas a escondidas para meter la cuchara y, cuando no, directamente los dedos! Mis padres nunca dudaron a la hora de hablar de los orígenes de mi afición. Para todo hay una explicación, ¿no es así? La culpa, por lo visto, la tenía la Pepereta —¿se acuerda de esa vieja bruja?— y su idea de aparecer por casa con unos botes enormes que nos vendió a precio de saldo a condición de que no hiciésemos preguntas (su convicción de que nos vendía pintura no quitó lógicamente que mi padre, hombre culto y viajado, supiese de qué se trataba en realidad). Mas a lo que iba... A la naranja, con puré, con castañas... Cuando todavía era capaz de sostener un lápiz entre las manos (no sabe usted el inhumano dolor que soporto para poder hacerle llegar estas líneas ~~de petición de socorro~~) se me dio por anotar en una de esas libretas de sastre todas y cada una de las maneras de prepararlas, para así hacerme la ilusión de que había cierta originalidad en mis comidas. Hasta me impuse un reto: llegar a ciento una, que es la manera de decir que se llega a cien pero que se podría llegar más lejos. Con todo, ~~cuando Carlitos descubrió lo que me traía entre manos~~, no tuve más remedio que dejarlo. ¿Sabe? Es como si cualquier distracción ~~que me pueda hacer olvidar que el mundo gira a su alrededor~~ deba ser eliminada de raíz. ~~No quiere competencia. Ni siquiera la de una ocupación tan inocente como esa.~~ Da igual, ~~que, en cierta manera,~~ la penosa realidad de ~~tener que alimentarme de palomas~~ obedezca a la terrible sangría que me viene infligiendo desde el

~~mismo día en que llegué a esta ciudad. Desde entonces, y a excepción de alguna moneda que pude ocultar en lugares a los que uno no debe referirse por escrito, no he visto un miserable céntimo.~~ Soy su esclavo, padre Florencio; ~~ese cojo diabólico~~ me tiene por completo esclavizado. No puedo dar un paso sin que lo sepa. Hasta parece que me lee el pensamiento. Incluso en las horas inmediatamente anteriores a quemar mi último cartucho —y me dispongo a dar cuenta de lo ya anunciado— parecía como si se oliese lo que me disponía a hacer. No me dejaba solo un segundo. Crucé la Alameda, el Hórreo y Ponte Pedriña, donde en tiempos paseaban las parejas decentes, con su aliento *retráctil* ~~—cosas de la cojera—~~ en la nuca. Desayuné y comí y cené mis pechugas de paloma en escabeche con su odiosa piernecita tocando la mía. ¡Hasta le dieron ganas de orinar cuando me acerqué a los baños a hacer lo propio!

En cuanto logré deshacerme de él, tras seguirle la corriente un par de días, me apresuré a dar ese paso que tanto me tardaba. Me preparé a conciencia, padre. Vacíe en el retrete todas las botellas de vino y licor que escondía mi cuarto. Deshice entre los dedos todos mis cigarrros. Abrí las ventanas para airear el dormitorio. Me bañé en agua fría. Tres, cuatro veces; hasta que sentí el frío del despertar acuchillando el espacio que hay entre las costillas.

Cambié las dos magras palomas con las que pensaba sobrevivir esa semana, por una taza de arroz y tres dedos de café molido.

Para mayor seguridad, en cuanto dispuse los libros en el escritorio —ahí, bien pegadito a la luz de la calle—, corrí a atrancar la puerta. Aunque esta vez, bien lo sabe Dios, sin intención alguna de impedir el paso de doña Leocadia, la patrona, esa mujer que solo cuando termina de hartarse de pasteles de jalea real recuerda las muchas deudas de sus inquilinos. No obstante, bien pronto comenzaron a torcerse las cosas. Encorajinado por ver que el picaporte no cedía a sus impulsos, el maligno ~~Carlitos~~ se dispuso a desplegar todas sus mañas, comenzando por aquella, la de querer inspirar lástima, frotando su piernecita ~~chafada~~

contra la puerta. No puede imaginar, padre Florencio, lo terrible que es escuchar su rodilla, prácticamente indiscernible del fémur, golpeando la madera como el hocico de un perrito. «Ábreme —decía—. Por lo que más quieras, no te portes mal conmigo». Debía ir al *Inferniño*. Lo necesitaba. Teníamos que volver a ver a aquellas amigas nuestras que tan bien hacían chiribitas con los ojos y canturreaban coplas y bebían agua de colonia a escondidas; teníamos que aparecer por allí, aunque solo fuese para asegurarnos de que nadie —más que nosotros— les ponía una mano encima. Nos esperaba el *Inferniño*. Y la taberna de O Galo. Y además, y solo si yo quería, *aquel* reservado del Café Suizo.

A todo esto, padre Florencio, yo hacía como quien no oía. Para cada convite, para cada proposición, para cada súplica, tenía yo un efectivo antídoto: una sordera tan grande como las ganas del demonio aquel de abrir la puerta. Si por mí fuese, podía estar ahí hasta el día del Juicio.

Empero, mis fuerzas comenzaron a flaquear. ~~Y ya no sé si la culpa era de aquel menú de perdición que se me recitaba en voz baja desde el otro lado de la puerta o por la lástima que empezaba a tener de esa solícita y seductora primavera que en esta ocasión tampoco se iba a salir con la suya. ¡Maldito Carlitos!~~ Su amenaza de *defenestrarse* —y mire por dónde que encuentro por vez primera en la vida ocasión de emplear esta terrible palabra, maestro— terminó por convencerme para dejar la silla donde me sentaba, retirar la que trababa el pica-orte de la puerta con las barras del respaldo, y sucumbir, definitivamente, a la idea de que para tener fuerza de voluntad lo primero es gozar de un poco de esta última. Bastó con que el diablo ~~aquel~~ cruzase sus ojos con los míos, para que me abandonasen todas las fuerzas. Allá se fue mi último cartucho, padre Florencio. Hasta una nubecilla de pólvora, de esas que dejan en el aire ventoso los cohetes, tiene más consistencia que mi integridad.

Ya no sé cómo va a terminar todo. Fuese como fuere, présteme atención, ~~NO~~ MANDE DINERO. Lo repetiré; por lo que más quiera, padre Florencio, ~~NO~~ MANDE MÁS DINERO.

Suyo,

Xosé Miguel

Xosé Miguel Rivas
Fonda La Módica
A Conga, Santiago de Compostela

Quinta de Trasdoval (San Fiz), 3-6-18

Querido Xosé Miguel:

Ojalá no tuviese que leer tu carta tres, cuatro y hasta cinco veces para concluir que acabo de entender, y perdonando, de la misa la mitad. ¿Quién tiene la culpa de tu debilidad? ¿Quién te arrastra a la terrible molicie que hace que olvides tus obligaciones tanto de hijo fiel como de buen cristiano? ¿*La ciudad?* ¿*El demonio?* ¿*La primavera?* ¡Que me aspen si entiendo alguna cosa! ¿Estás completamente seguro de que esas palomas que dices que comes no tienen efectos perjudiciales para el sano juicio?

Si la confusión que se percibe en tus palabras es hija de la desesperación solo puedo compadecerte y esperar que en una posterior misiva —que ya me tarda— logres ser franco conmigo y digas si es oportuno que este viejo saco de huesos se decida a viajar por vez primera en ferrocarril (bien conoces tú mi opinión sobre ese invento del diablo) para cumplir lo que estima una de las últimas misiones que le tiene reservada Dios.

Si por el contrario es otro truco para disfrazar tus pocas ganas de estudio, solo me queda acudir —ya que mis consejos

no valen de nada— a lo que te puedan aconsejar otras personas. Pues bien, como dijo Baltasar Gracián: «Una habilidad mediana, con esfuerzo, llega más lejos en cualquier arte que un talento sin él», lo que no deja de estar en sintonía con lo apuntado por Aristóteles: «Lo que con mucho trabajo se adquiere, más se ama». Todo esto, claro, sin olvidarnos el *labor omnia vicit* de ese Virgilio del que en tiempos tanto hablamos.

Bendiciones,

Florencio

P.S.: ¡Dinero! ¿Crees que alguna vez me creí el cuento chino de los huérfanos de guerra? Con todo, y para forzarte a escribir esa carta que reclamo, te envió solo una pequeña parte de lo que acostumbro *tomar prestado* del escritorio de tu padre —y que Dios me perdone— a tus instancias. El resto ya depende de ti.

*A la atención de don Florencio
Trasdoval, s/n, San Fiz*

XXXX, 11 de junio de 1918

Desconocido —aunque apreciado— padre Florencio:

Seguro que se pregunta a quién corresponde esta caligrafía estrecha (si no ha corrido ya a leer la última línea en busca de un nombre) y cuál es la razón de que el autor de estas líneas acuda a usted. Pues bien. No tengo problema alguno en resolver ambas incógnitas, comenzando, sin que sirva de precedente, por el principio. Soy —y qué verbo extraño— ni más ni menos que Xoán Carlos Pons Mella (tal vez el Carlitos que no me quitan algunos le sea más familiar) y si soy capaz de dirigirle estas líneas, hasta

el punto de hacerlas llegar donde corresponde, es por la infinidad de veces que tuve acceso al correo saliente de Xosé Miguel Rivas, por no hablar de las múltiples ocasiones en las que lo vi manos a la obra en su mesa mientras yo buscaba con qué cubrirme. Encima, era precisamente a usted a quién escribía cuando... Mas dejémoslo. No precipitemos acontecimientos. Desde que atiné a saber que era usted y no sus padres quien realizaba puntualmente y a demanda los frecuentes giros postales a mi camarada, no dejé de guardarle una estima que nunca tuve ocasión de guardarle a nadie. ¿Sabe usted cuántos de mis pecados sufragó su generosa munificencia? ¿No? Algo ya debe saber, pues el infeliz de Xosé Miguel lleva tiempo bajo de ánimo y bastante propenso a hacer confesiones de las que uno tarde o temprano se arrepiente. Pues bien: multiplique por tres los vicios que nuestro amigo común se adjudica, y puede que ya estemos ante un retrato que me haga cierta justicia.

Mas vayamos al meollo del asunto, que mis pecados son, como mis resacas y mis compañías en la alcoba, cosa estrictamente mía. Me atrevo a escribirle estas líneas por la negativa de Xosé Miguel a volver a pedirle dinero, por lo que, tras hacer desaparecer —de esta vez en su integridad— la carta que le estaba escribiendo cuando determiné pasar a los hechos, sea yo quien me tome la molestia de hacerlo. Pero no piense que tengo la poca vergüenza de pedir sin dar nada a cambio; no, ninguno de mis negocios puede llamarse un «negocio gratuito». De ahí que acompañe esta carta —confío en que fuese lo suficientemente inteligente como para no abrirlo antes de tiempo— de un paquetito que sin duda contribuirá a despejar las dudas sobre esto que le acabo de decir, vencer las reservas que pudiese mantener acerca de mi petición, así como a persuadirlo de guardar el silencio necesario para que nuestro negocio llegue a —*buen*— término.

¿Todavía no ha adivinado su contenido? ¿Acaso un ratoncito? ¿Tal vez el ala de una paloma recién cazada? Si le digo que es la misma cosa que le hizo llegar en un pañuelo el pintor Van

Gogh a su prostituta favorita, puede que sepa anticiparse. ¿Tiene usted la más remota idea de quién venía siendo ese loco insuperable?

Abreviando, pater: entrégueme una señal de buena fe —digamos, CIEN DUROS— antes de que le coja gusto al correo. Mas nada de giros esta vez. Déjelos la mañana de San Juan al pie de la estatua de Rosalía de Castro y Murguía que inauguraron hará un año en la Alameda. A poder ser, en una cajita de galletas. En cuanto lo haga, váyase enseguida y no vuelva bajo ningún concepto la vista atrás. Como ve, oculto el lugar desde donde esto escribo, lo que quiere decir que nada va a ganar con mandar a la policía a la calle de A Conga. Tenga sentido y haga lo que le digo: no le hable a NADIE de nuestro negocio.

P.D.: Sepa usted que a mí nunca se me ocurrió comer una paloma.

No estoy tan loco.

X. C. P. M.